



15 de Septiembre 1917

Año VII.—Núm. 154.

Lo que se impone

En el número 149 de esta Revista, se dió a conocer a nuestros lectores y aficionados, una circular, que por el Secretario General de la Asociación de Cazadores y Pescadores de España, se dirigía a todas sus compañías. para que se adhiriesen a una asamblea de cazadores y pescadores. y que de ella saliese pujante y briosa la tan suspirada Federación.

Lanzada al viento esta semilla, con júbilo te digo lector, que ha arraigado en el campo de algunas sociedades, que prontas a la lucha, y amantes decisivas de nuestra magna obra, diligentes enviaron su valiosa y entusiasta adhesión, ¿que cuantas són? para que he de decirte su número, lector querido, este no hace al caso, pues se aumenta y se avalora, por sus bríos y en estas empresas hacen más la calidad de los votos que el número de los votantes; ejemplo de esto tiene la historia a menudo, lo que no pudieran conquistar ejércitos numerosos, supieron defenderlo un puñado de abnegados patriotas; en todas las grandes cuestiones, triunfa el entusiasmo de los menos, contra el cálculo de los más, por esta razón lo que se impone, para que el móvil de la circular sea un hecho, es que existan unas cuantas entidades que con su altruismo, y su amor hacia lo bueno y necesario, coronen la obra que otros entusiastas paladines hubieron de germinar con cariño.

No es este el momento de ensalzar la idea federativa, ni soy yo tampoco, el más indicado para ello, pues aparte de que ya os hablé de ella en esta Revista en anteriores artículos, cuanto yo dijese ahora sería una repetición y mala como mía, de cuanto mejores plumas e inteligencias más elevadas, han expuesto sobre esta materia.

Existen unas bases, primas, para el nacimiento, desarrollo y fin de la Federación; ¿qué falta pués? a todos se os ocurrirá la respuesta, el concurso y cooperación de cuantos se sientan interesados en llevar a feliz término esta empresa, concurso y cooperación que no dudo existirá, laboramos por nosotros y a nadie más que a nosotros, reportará utilidades y rendirá beneficios, la soñada Federación.

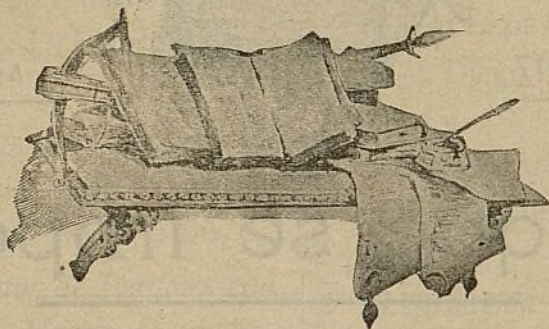
Cuando penseis en esta obra magna, y reflexioneis sobre cuales serían sus resultados en la práctica, pensad, en que ella velaría por el exacto cumplimiento de las Leyes de Caza y Pesca, que su norma sería velar para que en todos los casos a las infracciones de esta Ley siguiese su condena y castigo, con lo cual se conseguiría dar señales de vitalidad y ciudadanía, velando por los fueros de la Ley y poniendo con ella, una barrera a los actos antilegales que con abrumadora frecuencia se repiten, y por último, espedito para todos quedaria el camino de la casación ante el

Tribunal Supremo, como reivindicador de derechos, erróneamente interpretados por tribunales inferiores, con lo que se conseguiría una copiosa y constante jurisprudencia en materia tan necesaria como la Ley de Caza y Pesca.

A estos beneficios, que no hay que dudar que son necesarios, se unirán todos cuantos

se crean convenientes por la Asamblea, y por lo tanto es llegado el momento de, procurar por todos los medios posibles de llevar a la práctica lo que en idea explanaron y dando prueba de amor y entusiasmo, hubieron de proponer a todos sus camaradas unos cuantos amantes de este noble sport.

RAIMUNDO DOLZ



DESDE VALENCIA

El día 1.º de Septiembre en Zacarés

Zacarés, va haciéndose todo agrícola. El alto precio a que el arroz se cotiza en estos años de guerra va transformando sus ya reducidos carrizales en campos laborables. La cría de patos y fúlicas ha sido grande este año, pero los trabajos preliminares de cultivo han desquiciado la caza, no dejando aún por ello de quedar buen contingente de gallinetas y algunos siverts y rochets refugiados en los cañares de Paredes, último cuartel salvado por ahora a la codicia, noble, legítima y justificada de los agricultores.

Y no es solo Zacarés. La Albufera, patrimonio antiguo de caza y pesca va cediendo sus reales a la Agricultura, que dá señales de vida en todas sus orillas. Los pescadores de Lataroja, Silla y el Palmar (pueblos limítrofes del lago) van dejando ya sus redes, *fitoras* y *monots* por los aperos de labranza. Ven en la tierra (y no se equivocan) mayores rendimientos, que han hecho de la isla del Palmar

una población moderna, con su luz eléctrica, aiosos edificios de ladrillo y largas calles, lo que antes era un pequeño y desordenado agrupamiento de chozas esquimales.

El arroz ha operado el milagro. Casi todos sus vecinos son labradores y propietarios de pequeñas parcelas sacadas con mil trabajo del fondo fangoso del lago. La pesca, ya es casi secundaria para ellos y la caza va perdiendo en importancia a pasos agigantados.

Hasta los encargados de administrar la caza de la Albufera en Madrid han estado negligentes este año, pues no ha venido la autorización de subasta de puesto, a tiempo oportuno de poder celebrar la primera tirada correspondiente al día 1.º de Septiembre. Apesar de ello, el que escribe con sus amigos Oliag, Valero y Gascó no ha querido perder la costumbre establecida desde años en fecha tan memorable y fue a Zacarés a matar la caza confiada que se pusiera a tiro fuera de

sus querenciosos y espesos carrizales. Y Valero, en el puesto dels Matollets, Oliag en el Siñoret; Gascó en la Punta de Paredes y el que suscribe en el de Valero dieron cuenta de: 18 fúlicas, 11 patos, un sitglot, una polla de agua y una becacina de las que hemos visto bastantes en un campo recién cabado, pero imposible de transitar por su gran encharcamiento. Pero bueno es que se vayan celebrando en el coto, que ya llegará el día de trasladarse a otra zona más asequible a la caza con barquet o muestra de perro. Los noveles aficionados Pepito y Paquito Oliag cooperaron eficazmente al resultado obtenido, tirando el primero en el puesto del barguero y el segundo en la punta de la *mota* de Paredes.

Se pasó bien el día, pero sin tirar la Albufera el interés y diversión de Zacarés queda reducido a una mitad.

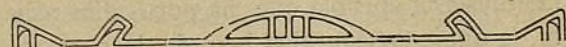
Mañana día 6, es el señalado por la Administración de Hacienda para la subasta de los puestos. Los habituales abonados piensan retraerse de la subasta porque en el pliego de condiciones, no se han suprimido las licencias de *barquet*, que haciendo trasgresión de sus derechos molestan mucho a la afición de los puestos, que es la que verdaderamente deja a la Hacienda sus pesetas. Pero hay que convenir, y esto es una verdad como un templo, que los *barquets* son nece-

sarios en sus funciones restrictivas vigentes, tanto, que en tirada de mucha caza en el lago, cuando su resultado es *nulo* es general la expresión valenciana conque éste se justifica:

no ha entrat fusta en la Albufera—, que traducido quiere decir: han faltado los barquitos de cazadores conque volar la caza guardada en los fondos: Yo podré estar equivocado ¡mi tecnicismo es deficiente, pero soy de opinión que los *barquets* son convenientes a las tiradas! solo falta una guardería suficiente y activa que les haga *respetar* sin contemplaciones el derecho de los puestos. Parece ser que el delegado de Hacienda está animado de los mejores deseos para que las tiradas resulten éste año a la altura de lo que fueron en épocas de grata memoria para la afición. ¡Hallá veremos! Todo es proponérselo. Las Autoridades, si quieren pueden hacer mucho.

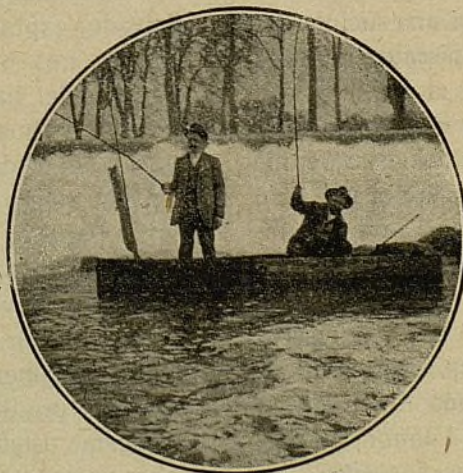
ENRIQUE CASANS.

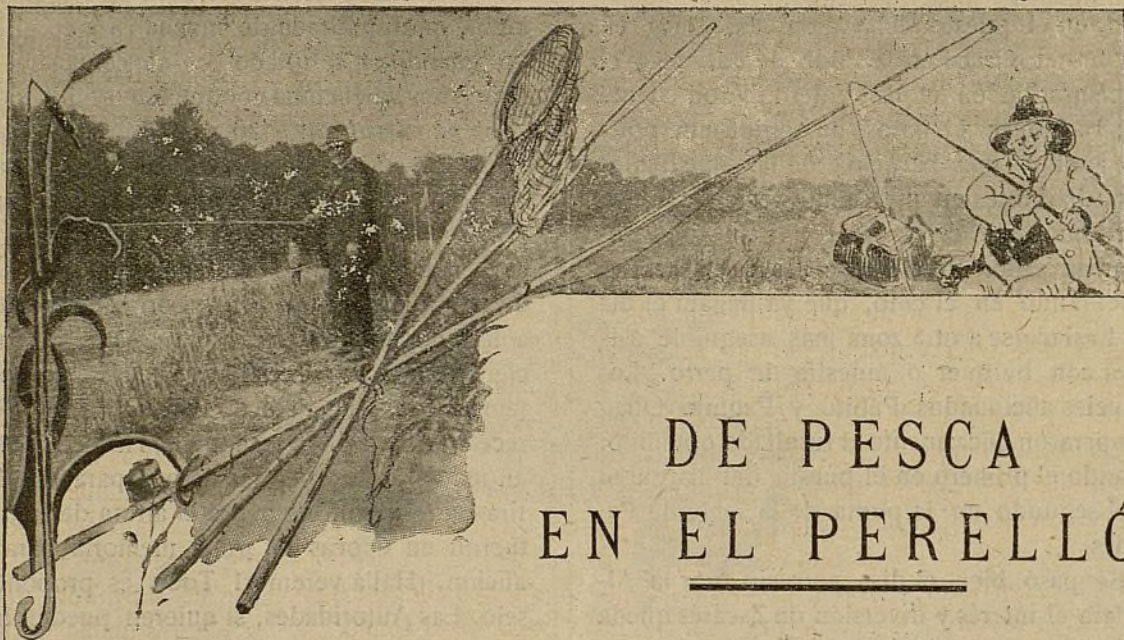
Valencia Septiembre 917.



ESCOPE TAS de las mejores marcas, a precios reducidos. Utensilios de caza, cronómetros, aparatos fotográficos y mil distintos objetos á precios increíbles. Verdaderas gangas.

AL TODO DE OCASIÓN.—Fuencarral, 45.





DE PESCA EN EL PERELLÓ

Por tratarse de un querido amigo, novel aficionado á la pesca, reproduzco, con su permiso, y el del Sr. Director de la Revista la entusiasta epístola que ha pocos días recibí, la que con seguridad han de leer gustosos los pescadores. Dice así:

Paraiso del Perelló—28, 29 y 30 de Agosto de 1917.

Sr... Andalúz Preguntón.

Mi querido amigo: Prometí a usted en mi anterior, depositada en correos momentos antes de tomar el tren para mi excursión al Perelló, escribirle desde aquí una sucinta relación de nuestras aventuras piscatorias. Ahora bien, nuestro gran amigo el notable don Salvador, hombre práctico y conocedor de lo que en esta clase de expediciones sucede, me advirtió que quizá me engañase la voluntad y me retardase en hacerlo, pues aquí el tiempo no da para más que comer, pescar y dormir; y así es en efecto.

No obstante, estamos ya a 28, y a reserva de acabar ésta que ahora empiezo cuando las circunstancias lo permitan, nos reunimos en cónclave, D. Salvador y D.^a Leonor su dignísima esposa, como cabezas supremas; las señoritas Leonor y María, lindísimas hijas del anterior matrimonio, las cuales se constitu-

yen en abogadas defensoras de usted, anunciándome que no me dejarán pasar ninguna bola; D. José Ramón, feliz mortal *per tutti quatri costati*; mi chico, que se ha pasado al otro bando, pues con las bondades y atenciones que aquellos usan con él le han conquistado y prefiere su compañía a la regañona de su padre, y yo, que con gusto le diría cuatro cosas a propósito de su maldito *cebo*, pero que las habré de callar forzosamente porque en esta familia no se consiente nada que pueda redundar en descrédito de usted.

Empezamos por leer su última carta y don Salvador explica y excusa las *porras* de que en ella nos habla como consecuencia del nombre del lugar desde donde nos escribe. ¡Pescar barbos en una huerta y más aun si esa huerta es del Capitán! ¿Que podía usted esperar, amigo Preguntón? ¿Creía usted que en un poblado que se llame Iznájar hay pesca posible? Nos ha parecido a todos muy dolorosa su equivocación y aún nos haría gracia si no fuera por lo de la enfermedad que padece, que lamentamos, y de la que deseamos a usted y pronto y total restablecimiento.

Créame usted, buen amigo; si quiere usted saber pescar y tomar algunas lecciones que le conviertan en *Doctor* en este divino arte, véngase, véngase para acá cuanto antes,

acompañese unos días del Sr. Martínez, y verá acabarse para siempre la posibilidad de *porras y porras*; eso sí, tendrá usted que renunciar a su desdichado *cebo* que solo sirve, según veo, para pescar... *monas y jumeras*...

Y entro en el relato de mis crónicas. Nunca como ahora he sentido no poseer esas facultades literarias que adornan a otros para que lea con agrado y sin cansancio la relación de mis bienandanzas durante tan felices días; además tengo pedido por sus abogadas defensoras que me ajuste estrictamente a la verdad y ello es para mí un mandato en vez de ruego... y en estas condiciones no hay, no puede haber literatura posible. Confórmese, pues, con lo que salga, que ya empiezo.

Llegamos el 24 por la tarde al «Hotel Martínez» D. Salvador, el amigo Sr. Ramón, que se nos unió en la estación de Valencia, mi Pepillo y yo. A la puerta de él nos esperaba la familia. Hablar a usted del recibimiento estando todos presentes no me parece bien; bástele saber que desde entonces llamaré a aquel lugar y su vivienda «El Paraíso» y así lo seguiré denominando mientras viva.

A la puerta del lindo hotelito también nos esperaba la mesa puesta a la que no tardamos en sentarnos; pero antes de continuar quiero que eche usted conmigo una ojeada a este cuadrito: casa de magnífico aspecto que revela el buen gusto de su poseedor Sr. Martínez; ante la puerta y bajo un toldo la mesa sobre la que humean los primeros platos, y a su alrededor todos nosotros rebosando salud, contento y satisfacción. Una amplia entrada con otra puerta al frente, a la que dan fondo las tranquilas aguas del lago, en las que el rielar del Sol da hermosos cambiantes de luz; por las orillas y canales que al lago abocan, abundantisima y embrollada vegetación que reproduce los sublimes paisajes que se nos describen por los viajeros como propios de los rios africanos, y sembradas sobre el agua misma un sin número de pequeñas construcciones de madera donde se guardan los barquitos y otros útiles para la pesca... ¡Si no es esto el Paraíso no hay que buscarle en ningún otro rincón de la Tierra!

Hemos comido recordando a usted y la-

mentando no tenerle por aquí. Dedicamos el resto de la tarde a inspeccionar los barquitos, arreglar y disponer las cañas y dar una batida de caza por los alrededores. ¿Sabe usted, amigo Andaluz, que D. Salvador no es don Salvador, sino una *escopeta andando* que mata lo que quiere? También el Sr. Ramón, que hace en esto el segundo año de aprendizaje, lleva ya muy merecida la nota de sobresaliente, y entre ambos quemaron en poco rato una infinidad de cartuchos, dándonos ocupación a todos para llevar la caza recogida.

Vueltos a casa se cenó y hubo un rato de tertulia, que se prolongó hasta las doce de la noche, pues a nada menos convidaba el agradable fresco y sobre todo lo grato de la compañía. Sepa usted, amigo, que entre mis defectos cuento con el de ser dormilón, dedicando al sueño casi doce horas de las veinticuatro del día, y no extrañará que creí haber oído mal cuando al irnos a la cama me anunció el Sr. Martínez que habíamos de levantarnos a las tres y media de la madrugada; tal cara debí poner, sin darme cuenta de ello, que provocó una explosión de risa en todos los presentes...; y, en efecto, no había amanecido, ni la rosada aurora anunciaba aún el nuevo día, cuando precedidos por un farolillo recorriamos los cien pasos escasos que separan la casa del tinglado donde la barca y las cañas, que nunca duermen, están siempre dispuestas.

Corto es el recorrido hasta llegar al puesto, lo calculo en unos 300 metros, pero de una belleza incomparable: un paisaje de agua y verdura que se esfuma entre las sombras, y al que dan vida el metálico y rápido aletear de las aves madrugonas; repetidos chapeteos en el agua producidos unos por los mismos peces que en sus juegos brincan por sobre ella y otros por las perchas con que algunos pescadores empujan sus respectivas barquichuelas; gritos que parecen salir de las ondas como protesta de las aves acuáticas contra aquella interrupción de su reposo, y, por último, el saludo cariñoso de alguna voz amiga...

La aurora apunta, se amarra la barca, se disponen las cañas, se ceba el anzuelo y el corcho flota... Siendo usted pescador ¿conci-

be nada más hermoso? Muy pronto el corchito, con un movimiento extraño, da la voz de alerta y se hunde rápidamente; tiro de la caña y... empiezan mis apuros.

—¡No lo fuerce usted tanto.—dice D. Salvador al observar el pronunciadísimo arco que hace la caña;—déle más brazas de cuerda; no tanto; tire arriba; el brazo suelto y el codo apoyado sobre la caña y así aguántele usted...!—Por fin aparece luchando en la superficie un enorme llobarro al que con la red sacadera acaba de pescar mi insigne maestro. ¡Bonita pieza cuya captura me hizo sudar la gota gorda a pesar del fresco de la mañana! Y se me repite el lance otra, otra y otra vez sin más interrupciones que las que suponen ser expectador en las análogas luchas que D. Salvador sostiene con envidiable frecuencia; más llega el quinto cañazo, aquel que iba brindado por usted, saco el frasquito de su *cebo*, me sirvo de él según sus instrucciones y... ¡ho fortuna para usted! las señoritas Leonor y María me llaman al orden no consintiendo que estampe en el papel lo que de palabra me han oído acerca de usted y de su *cebo*. ¡Vaya usted con él a la... Huerta del Capitán!.

Otro rato de pesca por la tarde alternado con no menos divertidos momentos de caza; comer y dormir cuando se puede, y pretender hacer algunas fotografías, que han resultado *buñue'os*, han llenado casi el tiempo de mi estancia aquí; y digo *así* porque aun figuran en la cuenta dos largos paseos por el lago... Delicioso, amigo Preguntón; con decirle que íbamos llevados por una ondina, protegida por las hadas buenas, y que así maneja bolillos como el remo y el timón... En aquellos momentos recordé el romance, que hice mío: «*Nunca fuera caballero—De damas tan bien servido—Como lo fué Jota Hueso—Cuando al Perelló se vino. Princesas cuidaban dél—Lo mismo que de su niño...*»

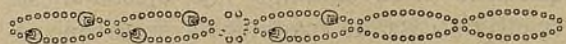
Solo dos lances para terminar. El día 23 sacaron en uno de los puestos inmediatos un llobarro de 14 libras; nosotros no habíamos llegado a ese peso. Debí proponerse D. Salvador apoderarse del hermano; pues le vi atareado por la tarde con una caña nueva y

fabricando un aparejo resistente a prueba de libras, y llegado el 29, y tras algunos llobarros de una y dos libras, que miró con desprecio, da un tirón, tiembla la barca, llega la punta de la caña a tocar el agua y empieza una lucha heroica hasta que por fin se divisa entre dos aguas la plateada silueta de la víctima que por su tamaño semeja más bien una criatura que un llobarro; pero al llegar a la superficie, y quizá comprendiendo la suerte que le aguardaba, con un esfuerzo supremo da un coletazo terrible que provoca la rotura del aparejo, y el animalucho escapa... ¡bandido!...! El otro lance no es tal, es sencillamente emoción de padre al ver a su hijo tembloroso, tirando de la caña sin oír las indicaciones de nosotros acerca de lo que debe hacer, resbalando por la barca y sintiéndose ya pescador; saca una bonita pieza y exclama lleno de júbilo al verla: «Papá, papá; este llobarro es más grande que todos los suyos.»

Y ahora sí que no va más. Todos y cada uno de los presentes saludan a usted y su familia muy afectuosamente, y por mi parte le envío un abrazo y le aconsejo no pierda la ocasión de venir por acá apenas pueda

Suyo

J. HUESO.



Interesa á los cazadores el anuncio **"MOSTELLA RAIMOST,"** que se inserta en la página 2.^a





LA PRIMERA CACERÍA



I

El ojeo

El tío Risas, hombre arraigado y conocedor de los caminos de las reses de caza mayor, es el *maestro de sierra*, (nombre que se da al práctico y director de estas cacerías.) Con su traje de correal, canana, cuchillo de monte, caracol en forma de bandolera y su antigua escopeta de dos cañones al hombro, iba colocando las posturas en los lugares por donde preveía ser los caminos cuando los animales vinieran huidos de los perros.

A los cazadores, que por vez primera iban de montería, se detenía unos momentos dándoles una pequeña explicación de la forma de presentarse el bruto, si era jabalí, ciervo, o cualquier otro, y recomendándoles mucho cuidado al disparar no se fueran a dar un tiro uno al otro con la niebla tan espesa como había aquella mañana.

Efectivamente, el día se presentaba con todos los caracteres de ser un buen día de caza, y por el contrario, malo para los pobres animales, que resguardados de las finas gotas de agua que caían y del airecillo de Levante que las tenía entumecidas al abrigo de las rocas y alcornos, estaban bien ajenas del fatal momento que las esperaba.

Dadas las oportunas órdenes, y después de estar colocados los ojeadores, tocó el maestro de sierra el caracol, avisando a las posturas y perreros que daba principio la cacería.

Al momento sale la jauría dando ladridos y los perreros alentándolos... se empiezan a sentir los primeros tiros y algunos bramidos de los pobres animales que, heridos, sin ser de muerte, se defienden de los perros que les acometen feroces, formando reñidas luchas que a algunos de los últimos cuesta la vida.

Esta clase de cacerías son divertidas para los que les gustan. Se pasa el tiempo sin darse cuenta; ni se hace caso del frío, ni del

agua, si llueve, y más, matando alguna que otra res, pues raro es el ojeo en que no sale presa.

Lo más gracioso de estas cacerías es que se ven algunos individuos más frioleros que frío hace en el Polo Norte, y ni siquiera se acuerdan son los mismos que en casa o en la oficina tienen que tener la estufa a 18 o 20 grados, calentadores en los pies...

II

La dehesa.

La dehesa de Nava-Hermosa era célebre por su abundancia de caza. El Marqués de Poca-Pena, su dueño, la tenía dedicada a la cría de reses bravas y caza menor y mayor. Para la última solo daba tres o cuatro cacerías, cuando más al año.

La primera que se dió este año el Marqués convidó a sus amigos, y entre ellos a su ahijado Santiago, pues le había prometido si salía bien del Doctorado de Medicina, llevarlo consigo, y así lo cumplió; precisamente fué éste, uno de los que el tío Risas recomendó tuviera cuidado al disparar a causa de la espesa niebla.

Distaba la dehesa unos 4 kilómetros de la aldea, y unos 12 de la más próxima estación del ferrocarril, con espaciosa carreteras que enlazaban la de la estación con la general.

Tiene un perímetro bastante grande la mojonera de la dehesa, la cual bañan dos riachuelos de poco renombre y abundante agua, que para abrevadero de reses no tienen precio. La vega de estos ríos está llena de árboles frutales.

Tenía varios guardas de a caballo para perseguir el sinnúmero de cazadores furtivos que por allí merodeaban. En alrededor de la finca había varias casitas de trecho en trecho en las que vivían los guardas con sus familias y casi en el centro y en el llano estaba la casa del Marqués y la del guarda mayor, que por aquel entonces era el tío Genaro y lo seguirá

siendo, porque viniéndose heredando la finca de padres a hijos, lo mismo pasa con la guardería mayor. La familia del tío Genaro vivían allí, que él se acordara, desde su bisabuelo y por consiguiente, allí se criaron su abuelo, su padre, él, y sus hijos; tenía dos: Marta, una serrana más colorada que un madroño, con el colorcito trigueño que tanto agracia a la mujer criada al aire libre, con sedosa y negra cabellera haciéndole ondulaciones, dos ojos grandes y tan negros como el pelo, y de un desarrollo físico que se la veía el caudal de salud que disfrutaba; además, buena moza y airosa andando, cariñosa y amiga de dar gusto sin el menor aprecio de ella misma.

El sinnúmero de amigos que fueron con el Marqués a la dehesa siempre quedaban prendados de la disposición que tenía para ser mujer, criada entre aquellos breñales; hacía de modista para las mujeres de los compañeros de su padre y los hijos de estos, siempre querían estar con ella, pues les contaba cuentos, y todos los mayores cuando ella había o leía el periódico, todos estaban escuchándola con enigmático silencio. Ninguno se determinaba a mirarla mal, tanto por su padre como por ella misma, que sabía respetar para ser respetada, no teniendo que lamentar jamás el más pequeño incidente; era mujer de talento natural privilegiado, y según referencias, se supo, sin saberlo el tío Genaro, que, Silvestre, el zagal de las vacas, en una ocasión hubo de decirle algunas palabras soeces y haciendo demostración con sus ademanes, pero le valió tal cantazo que no se le irá la señal jamás, pues la serrana, además de hacer los quehaceres de su sexo, sabía manejar la honda y la azada como un hombre, pues ella y su madre ayudaban al padre a trabajar en la huerta todo el año, cuidando también el jardín por su mucho afán a las flores.

Su hermano Gaspar, un hombretón fuerte y desarrollado, pero algo insulso y puro prototipo del pastor; bueno, noble, sin malicia de las cosas mundanas, su única ilusión eran sus cabras, que ni comía ni descansaba por cuidar de ellas: todas las mañanas se levantaba antes de ser de día a ordeñarlas, y llo-

viera o nevara, todos los días en compañía de la «Corza», su borrica iba con el producto de sus cabras al pueblo; si llevaba 10 azumbres, el importe de ellas entregaba a su madre; nunca malgastó un céntimo y si alguna vez gastaba alguno era en comprar algún cencerillo para sus animalitos, o algún que otro regalillo para su madre o hermana, dándolas una sorpresa, viéndolas reír tan contentas por su regalo. Así que la casa del tío Genaro toda ella disfrutaba alegría sana y pura como la de aquella sierra.

Se me olvidaba decir, que, la tía María Antonia era el paño de lágrimas de aquellos contornos.

III

Un tiro funesto.

Con el continuo ruido, los pobres animales corrían desorientados en todas direcciones, pues por cualquier lado que pensasen correr los saludaban con nuevos disparos.

En los zarzales, escondidos por tan espesa maleza, había unos cuantos jabalíes que al ventear a los perros, emprendieron veloz huida, pasando por la postura donde estaba Santiago, el ahijado del Marqués. Al verlos procuró afinar la puntería, haciendo rodar a uno de los animales; más fué tal su alegría, que al verle levantarse mal herido, cargando de nuevo la escopeta, se fué corriendo hacia él, para dejarle allí muerto del todo, sin prever las funestas consecuencias que pudiera traerle esta falta de prevención. No había andado diez pasos, cuando su vecino ojeador, disparando la escopeta, hizo blanco en el cuerpo de Santiago, cayendo al suelo sin sentido.

.....

Se acercaba el fin de la cacería, pues las posturas más retiradas se iban acercando al sitio destinado para la reunión; mutuamente se contaban los cazadores el sinnúmero de reses que podían haber muerto si no hubiera sido por tal... cuando en realidad era el mero gusto de fantasear, apesar de tratarse de personas serias como eran la mayoría de tales cazadores.

Como terminado el ojeo, dos veces tocó el tío Risas el caracol, y todos, ansiosos por sa-

ber quienes fueron los más afortunados. Llegaban corriendo al lugar en que el mayordomo exponía las reses muertas.

Mucho había avanzado el día y mucho más necesario era, por lo tanto, reponer las fuerzas perdidas en el afán de la caza. Ya en el camino hacia la casa, el Marqués echó de menos a Santiago, a todos preguntó por él, más nadie sabía dar razón, pues ninguno recordaba haberle visto desde por la mañana.

—Oye, Risas, ¿dónde pusiste a Santiago?; preguntó el Marqués muy alarmado.—En la postura del zarzal.

Seguido el maestro de sierra del Marqués y algunos de sus amigos, se dirigieron al puesto de Santiago, ¡oh sorpresa! al ver que no estaba allí, siguiendo las pisadas, entre unos zrrzales encontró el cuerpo del desgraciado joven, con una gran mancha de sangre a su lado, sin movimiento, demacrado y casi frío, pues todos le creyeron muerto. El Doctor Carlancha, inseparable amigo del Marqués, fué quien hizo el primer reconocimiento al desgraciado Santiago, enseguida le cortó la hemorragia y lo colocó en las espaldas del tío Risas, pues no era posible sacarlo de otra forma por entre aquellas malezas y ya una vez en camino lo llevaron en un caballo hasta la casa.

El Marqués se quedó acompañando al herido. y el Doctor con el guarda mayor se adelantaron para preparar el botiquín que el amo tenía siempre dispuesto con toda clase de medicinas para desgracias como esta.

—Qué casualidades ocurren en la vida, Genaro; decía Carlancha.

—Ya, ya, Doctor, cuidado que ha habido cacerías en Nava-Hermosa y esta es la primera vez que ocurre una desgracia... y lo más raro es que la cama y el botiquín completamente nuevos los va á estrenar un médico... paréceme haber oído decir que ha terminado este año.

—Sí, en Junio. ¿Pero usted no le conoce?

—No recuerdo de él.

—Pues sí, hombre, es el hijo del administrador del Marqués.

—Como no va uno nunca a la corte y aquí es el Marqués quien hace y deshace, la verdad, no lo recuerdo.

En esta conversación iban los dos hombres con sus caballos a trote largo cuando llegaron a la casa. Gran susto dieron a la tía María Antonia y a su hija cuando estas vieron sus caras y la gran intranquilidad que les movía en todo cuanto preparaban.

IV

Los primeros cuidados.

Muy pronto se enteró toda la servidumbre de lo ocurrido y dadas las oportunas órdenes por el médico, enseguida se suspendió la preparación de la comida, y se empezó a arreglar lo más prontamente que se pudo todo lo necesario para el desgraciado cazador que con los demás compañeros llegaron poco antes de terminarlo todo. Sin pérdida de tiempo le hizo el médico la primera cura con paternal cuidado.

Como ya era avanzada la hora, dispuso el Marqués se comiera y entre comentario y plato se llegó al café, haciendo cada uno a su manera el aprecio de la gravedad del herido.

El Marqués, que estaba sentado al lado del médico, al terminar la comida, todo intranquilo y desasosegado, comenzó, sin saber cómo, a preguntarle.

—Qué, ¡hay peligro!

—Peligro, siempre hay, pero dada la salud y los pocos años del herido, creo será cosa de poco decía el médico.

—Yo estoy... no sé cómo; porque hay que ver la casualidad, ser esta la primera vez que sale de cacería el muchacho, y con tan mala suerte..., y dime, ¿qué opinas de la herida? porque si lo has dicho, no me acuerdo yo; paréceme que estoy loco... y quien lo dice en su casa a su señora madre, con ese genio que tiene, y esos nervios...

—Desde luego peligro de muerte no hay; la bala ha pasado cerca del pulmón, esto es todo lo más grave que tenemos; o mucho me equivoco o no ha interesado ningún vaso; ahora, la sangre perdida es lo peor, pues lo de la pierna no tiene importancia alguna, debió hacérselo a la caída.

JOSÉ ESCRIBANO.

(Continuará)

Las escopetas: sus cargas, pólvoras y usos

(CONTINUACION)

Los más duros, pesados y esféricos, de cuantos hay en el mercado, son los fabricados por un procedimiento patentado por la entidad industrial *Newcastt Chilled Shot*, particularmente recomendables porque a su regularidad unen la cualidad de que su peso específico no ha sido disminuído por la aleación con ningún otro metal.

La referida Compañía fabrica 24 tamaños de perdigones, *siete* gruesos, de los que una onza (28 gramos) contiene de 40 a 88, y catorce menores de numeración correlativa.

Del calibre 1 contiene la onza 104, del 5=218, del 6=270, del 6=300 y del 14 (small dust)=2.800, y tres órdenes de postas, de las que la onza contiene en cada caso, 8, 11 y 14 gramos.

En España se fabrican en Sevilla, Adra (Almería) y en Figuerola y Arquer (Barcelona) Los de Santa Ana (Figuerola,) cuentan 17 calibres, cuatro grandes designados con ceros de 1 a 4, de los que los más gruesos 4'96 milímetros de diámetro entran en la onza 42 y de los menores 66. Los números 1 al 13, el 5 lleva 147 en la misma unidad de peso indicada, y el 6=204, en tanto que el 13 llega a 1,578

El perdigón niquelado de Sevilla es excelente, porque además de sus mejores condiciones balísticas no se oxida en el cartucho ni se aglomera, conservando todas sus cualidades.

El perdigón francés es mayor que el inglés, pues su número 8 equivale al 6 de este último y es algo menor que el español, y ejemplo de ello es que el 5 francés tiene 3 milímetros de diámetro, en tanto que el español es de 3'15.

La Cámara Sindical de armas y municiones de París, en la Asamblea que celebró el 20 de Junio de 1905, adoptó la unificación métrica en la numeración de los perdigones en substitución de la arbitraria clasificación

que establece la numeración empleada por los fabricantes, debiendo observar que los alemanes determinaban ya con anterioridad, métricamente sus calibres.

No obstante lo manifestado, que es una norma racional y sistemática que ignoro si fué aceptada por los fabricantes, me atrevería a proponer a los que a esta industria se dedican en España otro método más sencillo y eficaz que daría al cazador noción exacta de la larga a emplear, y tal método consiste simplemente en llevar a cabo la clasificación métrica con relación al peso y no con relación al diámetro, que es demasiado sutil en tan exiguos calibres, y de tal forma, con el perdigón número 1 tendríamos que, pesando cada perdigón un gramo contendría nuestra onza 30; 60 cuando el número 2 se emplease, pues dos plomos pesarían un gramo, y al emplear el número 6 sabríamos matemáticamente que en una onza entrarían 180 perdigones. Diganme los fabricantes de aquende el Pirineo si hay algo más sencillo ni más racional.

Respecto del efecto de los perdigones, opino que lo que debemos procurar es que éstos detengan la pieza en su marcha, y a este efecto es de todo punto indispensable que el proyectil penetre en el objeto herido y abandone en él su fuerza viva, produciendo lo que se denomina el choc traumático o efecto de estupor, de aplastamiento. Se calcula que 3 perdigones del número 4 recibidos por una liebre a 30 metros, la abatirán aun cuando no hayan sido tocados órganos esenciales a la vida, ni se haya producido hemorragia interior alguna, y 10 gramos del número 5 producen a distancia media un esfuerzo de 5 kilográmetros, equivalente a un golpe dado con un martillo de 10 a 12 libras de peso.

La elección del calibre del perdigón debe acomodarse al peso del animal, teniendo en

cuenta que el peso de aquél disminuye más rápidamente que su diámetro, y corolario de ello es que el de menor tamaño golpea con menos energía aunque penetre más fácilmente, y como es lógico, es de menor eficacia.

El esfuerzo de los números 5 y 9 está en la relación de 6 a 2.

En la práctica, la experiencia aconseja que la multiplicación de las heridas da la mayor parte de las veces mejor resultado que uno o dos plomos de mayor calibre, tal vez mal colocados, de modo que en caso de duda será preferible el número menor, si bien este punto lo he resuelto siempre llevando en el cañón izquierdo el número de perdigón inmediato inferior (más grande) que el que destino al derecho, atendiendo a la consideración de que el segundo disparo ha de ser hecho a pieza tenida a mayor distancia, y es axiomático que el perdigón de mayor peso tiene un trayecto de acción eficaz más considerable.

En términos generales, para la caza menor los perdigones más convenientes son los siguientes:

En la apertura....	Números 7 y 8
Desde Octubre...	» 7 y 6
Más tarde.....	» 6 y 5

EN ALCANCE EFICAZ, que es el único que debemos tener en cuenta, no debe confundirse con el alcance máximo o extremo, que son cosas bien diferentes.

El límite de aquél es realmente la agrupación y éste depende del número de perdigones lanzados, pues es superfluo decir que los que llegan al mismo tiempo al objeto apuntado son siempre proporcionales a la carga total del arma y, como es natural, al calibre del arma empleada; de lo que se deduce, como es de rigor, que los calibres mayores cuya carga de perdigones es más considerable producirán en todo tiempo mayor densidad en su haz de proyectiles hirientes, y los mantendrá más tiempo suficientemente aproximados unos de otros para que resulte el trabajo útil.

Dicho lo que antecede, no es necesario refutar el error de los que creen (y el error está bastante extendido), que el calibre 16 tiene mayor alcance porque tiene menor diámetro y por tanto, porque concentra mejor. Nada de esto es exacto, y para demostrarlo mejor citaré algún ejemplo tomado de los gráficos de la Escuela de tiro de Chálons. Con un cañón del 12, cilíndrico, dicen aquellos estudios, con carga normal se tiene la probabilidad de alcanzar con tres perdigones del número 6 a una perdiz situada a 36 metros, en tanto que un cañón 16 no ofrece la misma probabilidad más que a 32, lo que arroja una ventaja de 4 metros en favor del mayor calibre. Si con una escopeta del 16 cargada con la tara normal de 30 gramos de plomo se pueden colocar cuatro de ellos en el cuerpo de una liebre a 40 metros, se tendrá la misma posibilidad a 55 con otra del calibre 12. Y para no hacer más largas estas consideraciones no cito las experiencias del ilustrado fabricante Lancaster que, bajo este respecto, son concluyentes.

Calculado el perdigón con relación al peso del animal contra el cual hayamos de disparar, o sea en la relación de 1 gramo por cada 5 kilos y a la velocidad media inicial de 270 metros por segundo a 15 metros, he aquí un cuadro del alcance eficaz aproximado de varios tamaños de perdigones:

	CALIBRE	
	12	16
Perdigón núm. 0..	80 metros	65 metros
» » 2..	70 »	55 »
» » 4..	60 »	45 »
» » 6..	50 »	35 »
» » 8..	40 »	30 »
» » 10..	30 »	25 »
» » 12..	25 »	20 »

EDUARDO DE LETE.

(Se concluirá.)

SECCION BIBLIOTECA

Recopilación de sentencias dictadas por el Tribunal Supremo en materia de caza: Muy útil para las Autoridades y aficionados. Precio, 60 céntimos.

Notas de caza, por D. Francisco Brú, Precio, 2 pesetas.

Legislación de caza, pesca y uso de armas, por D. Agustín Álvarez Navarro, 4.^a edición reformada. Precio, 1,50.

Maanl del Cazador de Perdices con los reclamos, por D. Jacobo G. de Escalante. Precio, 2 pesetas. De venta en la librería Rubiños. Preciados, 23.

El Cazador práctico, por D. Antonio Briones Parra. Precio, 5 pesetas. De venta en la librería Rubiños. Preciados, 23.

Recuerdos de montería, por D. Diego Muñoz Cobo. Precio, una peseta.

Armas y defensas. Notabilísima obra, por D. A. Vázquez de Aldana y D. E. de Lete. Precio, 6 pesetas.

Cacerías en Sierra Morena. Interesante colección de postales á todo color, por D. Joaquín Fernández Trujillo. Precio, 5 pesetas.

Cirujía popular de urgencia. Obra muy útil, por el Dr. Valera de Seijas y Ramírez, Precio, una peseta.

Un paseo por Madrid viejo. Interesante folleto madrileñista, por D. Plácido Soria. Precio, una peseta.

La caza de la perdiz con reclamo, por A. B. Precio, 5 pesetas.

Cartilla de pesca, por el Sr. Pardo y Puzo. Precio, 5 pesetas.

Cuentos de caza, por el Sr. Balbuena. Precio, 3 pesetas.

Episodios de caza, por el Sr. Balbuena. Precio, 3 pesetas.

De la caza de la perdiz con reclamo, por D. Diego Pequeño. Precio, 4,50 pesetas.

Aves de rapiña y su caza, por el señor Duque de Medinaceli. Precio, 25 pesetas.

Legislación de pesca fluvial, por el Ministerio de Fomento, Precio, 50 céntimos.

Estudio crítico de caza, por el señor Liñán y Tavira. Precio, 5 pesetas.

Entre riscos y breñas, por el Sr. Llagaria. Precio, 5 pesetas.

El campo y la caza, por el Sr. Moreno y Castelló. Precio, 3 pesetas.

Prácticas cinegéticas, por el Sr. Morales de Peralta. Precio, 3 pesetas.

NOTA. Nuestros lectores de provincias enviarán para franqueo y certificado 40 céntimos, además del precio indicado en cada obra.



Imprenta y papelería.—Basilio Sierra, Atoche, 36.